

CONGRESO DE LA PAZ EN PARIS

CONGRESO DE LA PAZ EN PARIS

DISCURSO DE APERTURA

21 Agosto 1849.

M. Victor Hugo es elegido presidente y vicepresidente M. Cobden.

M. Victor Hugo se levanta y dice:

Señores:

Venís, muchos de vosotros, de las más distintas regiones del globo, lleno el corazón de un pensamiento religioso y santo. Veo entre vosotros publicistas, filósofos, ministros de todos los cultos cristianos, escritores eminentes, en una palabra, hombres públicos y respetables que constituyen la ilustración de su patria, donde gozan de popularidad bien merecida. Habeis querido fechar en Paris las declaraciones de tantos espíritus tan convencidos como elevados que buscan, no solo el bien y la felicidad de un pueblo, sino la dicha de los pueblos todos. (*Aplausos.*) Venís á añadir á los principios que sostienen hoy los hombres de Estado, los gobiernos y los legisladores, un principio superior; venís á volver en cierto modo la última y tal vez más augusta hoja del Evangelio, la que impone paz y concordia á todos los hijos de Dios; y en esta ciudad, que ha decretado la fraternidad entre los ciudadanos, venís á proclamar la fraternidad universal.

Bien venidos seais!

Ante pensamiento semejante y en presencia de tal acto, no hay lugar para un reconocimiento puramente personal. Permitidme, pues, que, antes de pasar adelante, eleve la vista y olvide en cierto modo el gran honor que me habeis conferido, para no pensar en otra cosa que en la inmensa obra á que quereis dar cima.

Señores, ¿el gran pensamiento religioso de la paz universal, de la union de todas las naciones por medio de un lazo comun, que es el Evangelio considerado como suprema ley, la mediación sustituida á la guerra, este pensamiento religioso, digo, es realizable? ¿Esta idea santa es práctica? Muchos espíritus positivos, como hoy se dice, muchos hombres políticos envejecidos en el manejo de los negocios, responden: No. Pero yo contesto sin vacilar y con vosotros: Sí! y voy á tratar de probarlo.

Voy más lejos: no me contento con decir tan solo que es un fin realizable; añado que es un fin inevitable que únicamente se puede retardar ó precipitar.

La ley del mundo no es ni puede ser más que la ley de Dios; no siendo la ley de Dios la guerra, debe serlo la paz.

Los hombres han empezado por la lucha, como la creación comenzó por el caos. De dónde proceden? De la guerra es evidente; pero á dónde van? No puede dudarse que á la paz.

Al afirmar tan altas verdades, es bien sencillo que encontreis la negación; que vuestra fé tropiece con la incredulidad; que en estos tiempos de turbaciones y despojos, la idea de la paz universal sorprenda y se la considere como la aparición de lo ideal y del imposible; es fácil que á las verdades se las llame utopías; pero yo, humilde y oscuro obrero en esta gran obra del siglo diez y nueve, acepto esas resistencias de los espíritus sin que me admiren ni me asusten. ¿Sería posible que nos hiciéseis volver la cabeza y cerrar los ojos, no preparados á la luz, cuando en medio de las tinieblas que nos rodean abris bruscamente la deslumbradora puerta del porvenir?

Señores, si hace cuatro siglos álguien

hubiera dicho en la época en que la guerra se hacía de pueblo contra pueblo, de ciudad contra ciudad, de provincia contra provincia; si á alguien hubiera dicho á la Lorena, á la Picardía, á la Normandía, á la Bretaña, á la Auvernia, á la Provenza, al Delfinado, á la Borgoña: Llegará un día en que cesareis de haceros la guerra, y ha de venir día en que dejareis de ser hombres de armas para luchar unos contra otros, y en que ya no oireis decir: Los normandos han atacado á los picardos, los loreneses han rechazado á los borgoñones: os quedarán entonces diferencias que arreglar, intereses que debatir, problemas que resolver; pero ¿sabeis lo que sustituirá á vuestras gentes de á pié y de á caballo, á vuestros cañones, falconetes, lanzas, picas y espadas? Colocareis en su lugar una caja de madera, á la que llamareis urna de escrutinio, y de esta caja saldrá una Asamblea; una Asamblea en la que os vereis representados; una Asamblea que será como el alma de todos vosotros, un concilio supremo y popular que decidirá, juzgará y resolverá en ley y hará caer el hierro de vuestras manos y surgir la justicia en todos los corazones, diciendo á cada uno: Aquí termina tu derecho, aquí empieza tu deber. Abajo las armas! vivid en paz! Cuando este día llegue, sentireis un mismo pensamiento, tendreis intereses comunes y un destino igual; os abrazareis, os reconocereis hijos de la misma sangre y de igual raza; este día no formareis parte de pueblos enemigos, puesto que sereis un mismo pueblo; no sereis la Borgoña, la Normandía, la Bretaña, la Provenza; sereis la Francia y no os llamareis la guerra, sino que sereis la civilización.

Si esto se hubiera dicho en otra época, señores, todas las gentes formales, todos los grandes políticos de entonces hubiesen exclamado: Vaya un soñador! ¡Vaya una quimera! ¡Qué poco conoce á la humanidad! ¡Vaya una locura extravagante! Y, señores, el tiempo ha seguido su curso, y la locura de ayer es la realidad de hoy.

Pues bien! decid hoy, y yo lo diré con vosotros, con todos los que estamos aquí reunidos; digamos á Francia, á Inglaterra, á Prusia, al Austria, á España, á Italia, á Rusia:

Llegará un día en que también las armas se os caerán de las manos; llegará un día en que la guerra parecerá absurda y será tan imposible entre París y

Londres, entre San Petersburgo y Berlín, entre Turin y Viena, como hoy lo sería entre Rouen y Amiens ó entre Boston y Filadelfia. Llegará un día en que vosotras, ya os llameis Francia, Rusia, Italia, Inglaterra ó Alemania, todas las naciones del continente, en fin, sin perder ninguna de vuestras cualidades distintivas, ni vuestra gloriosa individualidad, os fundireis estrechamente en una unidad superior, constituyendo la fraternidad europea, absolutamente igual que nuestras provincias Normandía, Bretaña, Borgoña, Lorena y Alsacia se fundieron en la Francia.

Llegará un día en que no habrá más campos de batalla que los mercados abiertos al comercio y las inteligencias á las ideas.

Llegará un día en que las balas y las granadas se reemplazarán por los votos, por el sufragio universal de los pueblos, por el venerable arbitraje de un gran Senado soberano, que será para la Europa lo que el Parlamento es para Inglaterra, lo que la Dieta es para Alemania ó lo que la Asamblea legislativa es para Francia.

Llegará un día en que se enseñará un cañon en los museos, como hoy se enseña un instrumento de tortura, y se dudará y se admirará cuando se comprenda para lo que sirvió.

Llegará un día en que existan solo dos grupos inmensos de naciones: los Estados-Unidos de América y los Estados-Unidos de Europa, colocados uno frente al otro, tendiéndose la mano por encima del mar, cambiando sus productos, su comercio, su industria, sus artes, sus géneos; roturando el globo, colonizando los desiertos, mejorando la creación bajo la mirada de su Creador, combinando reunidos, para producir el bien de todos, las dos fuerzas infinitas: la fraternidad de los hombres y la omnipotencia de Dios. (*Prolongados aplausos.*)

Y no serán necesarios cuatrocientos años para traer este día, porque vivimos en un tiempo rápido; vivimos en la corriente de acontecimientos y de ideas más impetuosa que jamás ha arrastrado á los pueblos, y en la época que hemos alcanzado, un año produce los efectos que antes tardaban á producirse un siglo.

¿Qué hemos de hacer, franceses, ingleses, belgas, alemanes, rusos, eslavos, europeos y americanos, qué hemos de hacer para alcanzar lo más pronto posible este gran día? Amarnos!

Amarnos! En la obra inmensa de pa-

cificación, esta es la mejor manera de ayudar á Dios.

Porque Dios desea este fin sublime. Reflexionad lo que hace para conseguirlo. Contemplad cuántos descubrimientos permite que produzca el génio humano, para que todos concurren al objeto principal, á la paz. ¡Qué de progresos, qué de simplificaciones!

Observad cómo la naturaleza deja que la domine el hombre, y de qué modo va llegando á ser esclava de la inteligencia y servidora de la civilización.

Observad cómo desaparecen las distancias, produciendo esta causa el principio de la fraternidad.

Merced á los ferro-carriles, la Europa no será más grande que lo era Francia en la Edad Media. Merced á los buques de vapor, hoy se atraviesa el Océano más cómodamente que antes el Mediterráneo.

Antes de mucho el hombre recorrerá la tierra como los dioses de Homero recorrian el cielo, dando tres pasos. Dentro de algunos años el hilo eléctrico de la concordia rodeará é iluminará el mundo.

Señores, cuando trato de profundizar el vasto conjunto, el inmenso concurso de esfuerzos y acontecimientos marcados todos por el dedo de Dios; cuando pienso en el fin magnífico del bienestar de los hombres, la paz; cuando considero lo mucho que la Providencia hace para que se consiga y lo que hace la política para destruirlo, se apodera de mi alma una reflexión dolorosa.

Resulta de las estadísticas y de los presupuestos comparados, que las naciones europeas gastan todos los años para el mantenimiento de sus ejércitos una suma que excede de dos mil millones, y la que, si se la aumenta con la empleada en conservación de material y establecimientos de guerra, se eleva á tres mil. Añadid á esto el producto perdido de los jornales de más de dos millones de hombres, que son los más sanos, robustos, jóvenes y vigorosos de las poblaciones, producto que no se puede valorar en menos de mil millones, y podeis deducir que los ejércitos permanentes cuestan á la Europa todos los años cuatro mil millones. ¡Señores, treinta y dos años hace que la paz no se ha alterado, y en ellos se ha invertido la monstruosa suma de ciento veintiocho mil millones para la guerra durante la paz!

Suponed que los pueblos de Europa, en lugar de desafiarse, de odiarse y de

inspirarse envidia recíprocamente, se amasen como hermanos; suponed que llegasen á pensar que son hombres, antes de llamarse ingleses ó alemanes, y que antes de formar naciones pertenecían á una sola familia, y entonces, esta suma de ciento veintiocho mil millones, tan loca y vanamente gastada en la desconfianza, se emplease en sentido opuesto.

Estos ciento veintiocho mil millones entregados hoy al odio, entregados á la armonía; estos ciento veintiocho mil millones gastados en la paz. Concededlos al trabajo, á la inteligencia, á la industria, al comercio, á la navegación, á la agricultura, á las ciencias, á las artes, y considerad el resultado. Si desde hace treinta y dos años esta suma gigantesca de ciento veintiocho mil millones hubiera sido empleada de tal modo, ¿sabeis lo que hubiera podido conseguir América con la ayuda de Europa?

La faz del mundo hubiera cambiado. Se habrían abierto los istmos, los ríos estarían cruzados de caminos por debajo de sus aguas, las más altas montañas hubiéranse convertido en túneles, los caminos de hierro cubrirían ambos continentes, la marina mercante del globo se habría duplicado, y ya no existirían ni landas, ni marismas, ni tierras sin cultivo; se edificarían ciudades donde hoy existen desiertos, y habría puertos donde escollos hay ahora; el Asia y el Africa estarían civilizadas; la riqueza desbordaría por todas partes, producida por los mil venteros que ofrece el globo á costa del trabajo de los hombres, para quienes la miseria no existiría ya. La faz de la tierra sería otra. En vez de desgarrarse, se esparciría la humanidad tranquilamente por todo el universo; en vez de forjar revoluciones, se fundarían colonias; en vez de vencer la barbarie á la civilización, vencería la civilización á la barbarie.

Considerad, señores, cómo ciega lamentablemente la preocupacion de la guerra á los gobiernos y á las naciones. Si los ciento veintiocho mil millones empleados por la Europa en la guerra, durante los treinta y dos años que no la hubo, los hubieran empleado en la paz, que ha existido, no se vería hoy en Europa nada de lo que se vé en este momento; el continente, en lugar de ser un campo de batalla, sería un inmenso taller; y en lugar del espectáculo doloroso y terrible del Piamonte abatido; de Roma, la Ciudad Eterna, entregada á mer-

ced de las miserables oscilaciones de la política humana; de la Hungría y de Venecia heroicamente conmovidas; de la Francia inquieta, sombría y pobre; de la miseria, del duelo, de la guerra civil, de la oscuridad, en una palabra, cerniéndose sobre el porvenir; en lugar de tan siniestro cuadro, veríamos relucir ante nuestras miradas la esperanza, la alegría, la benevolencia, el esfuerzo de todos hácia el bienestar comun, y por todas partes, destacándose de la civilización, el majestuoso coronamiento de la concordia universal.

Nuestras mismas precauciones contra la guerra nos han traído las revoluciones. Se ha gastado y se ha trabajado contra el peligro imaginario, y de este modo la miseria, que era el verdadero peligro, se hizo insoportable. ¡Nos fortificamos contra un peligro quimérico, dirigiendo las miradas hácia donde no le habia; vimos las guerras que no eran de temer, y cerramos los ojos á las revoluciones que llegaban!

Señores, no desesperemos, sino por el contrario, esperemos más que nunca. No nos dejemos intimidar por conmociones pasajeras ni por sacudidas, necesarias tal vez para los grandes renacimientos. No seamos injustos para la época en que vivimos: hagamos justicia á nuestros tiempos. Despues de todo, estamos en una época prodigiosa y admirable, y el siglo diez y nueve será, digámoslo muy alto, la mejor página de la historia. Como decia ahora mismo, todos los progresos se revelan y manifiestan á la vez; unos producen los que les siguen: desaparecen las animosidades internacionales, se borran las fronteras de los mapas y las preocupaciones de las almas, se observa cierta tendencia á la unidad, á la dulzura de las costumbres; se eleva el nivel de la enseñanza y se desvanece el de las penalidades; dominan los idiomas más literarios, es decir, más humanos; recobran su poder, al mismo tiempo, la economía política, las ciencias, la industria, la filosofía, la legislación, y convergen á un mismo objeto, á la creación del bienestar y á la concordia, es decir, á la extinción de la miseria dentro y á la extinción de la guerra fuera.

Digo, para terminar, que la era de las revoluciones pasa y la era de las mejoras empieza. El perfeccionamiento de los pueblos abandona la forma violenta para tomar formas pacíficas. Ha llegado el instante en que la Providencia vá á sustituir á la acción desordenada de los

agitadores la acción religiosa de los que predicán la paz.

De aquí en adelante el objeto de la política verdadera será el siguiente: hacer reconocer todas las nacionalidades, restaurar la unidad histórica de los pueblos y estrechar esta unidad por medio de la civilización pacífica; ensanchar continuamente el grupo civilizado, ofrecer buen ejemplo á los pueblos, que permanecen siendo bárbaros; sustituir los arbitrajes á las batallas, y en fin, y esto lo resume todo, hacer pronunciar á la justicia la última palabra que el mundo antiguo hacia que pronunciase la fuerza.

Señores, os digo para terminar—y que mi pensamiento os dé ánimo—que no es hoy la vez primera que el género humano ha hecho esfuerzos para llegar á su destino providencial. En nuestra antigua Europa, Inglaterra se adelantó, y con su ejemplo secular dijo á los pueblos: Sois libres. La Francia la siguió y les dijo: Sois soberanos. Solo nos restar el último paso y todos juntos, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Europa, América, digamos á los pueblos: Sois hermanos. (*Inmensa aclamación. El orador toma asiento en medio de los más entusiastas aplausos.*)

CLAUSURA DEL CONGRESO DE LA PAZ

24 Agosto 1849.

Señores, ya que me permitisteis dirigiros algunas palabras de bienvenida, dejadme que hoy os dedique otras para despediros.

Seré muy breve, la hora es avanzada: tengo presente el artículo 3.º del reglamento, y estad seguros de que no me expondré á que el Presidente me llame al orden.

Vamos á separarnos, pero permaneceremos unidos de todo corazón.

Desde hoy en adelante tendremos igual pensamiento, señores, y un mismo pensamiento equivale casi á tener una misma patria. A partir de este día todos los que estamos aquí somos compatriotas.

Durante tres días habeis deliberado, discutido y profundizado, con dignidad y saber, graves cuestiones, y con relación á ellas, las más altas que pueden agitar á la humanidad; habeis practicado noblemente las grandes costumbres de los pueblos libres.

Habeis dado consejos á los gobiernos

consejos amistosos que escucharán, no lo dudeis. Voces elocuentísimas se han oído aquí, apelando á todos los sentimientos magnánimos del hombre y del pueblo; habeis depositado en todos los espíritus, á despecho de preocupaciones y enemistades internacionales, el germen imperecedero de la paz universal.

¿Sabeis lo que se presenta á nuestra vista despues ó como consecuencia de estos tres días?

La Inglaterra estrechando la mano de Francia, América unida á Europa por cariñoso abrazo; y, señores, no concibo espectáculo más sublime ni más bello.

Volved ahora á vuestras casas, entrad en vuestra patria con el corazón henchido de alegría, y decid cuando hayais llegado que acabais de separaros de vuestros compatriotas de Francia. Decid que están echadas las bases para la paz del mundo, esparcid por doquier tan buena nueva, y sembrad este gran pensamiento allí donde vayais.

Despues de las opiniones respetables que hemos oído, no insistiré ya sobre lo que se os ha explicado y demostrado; pero dejadme que repita, como final de este Congreso solemne, las palabras que pronuncié al inaugurarle. ¡Tened esperanza! Tened valor! El inmenso progreso definitivo que os dicen que soñais, y que yo digo que producís, se verá realizado. (*Bravo! bravo!*) No olvidéis que los primeros pasos para conseguirle los dió ya el género humano; medita en el pasado, que es casi siempre la luz del porvenir; abrid la historia y en ella encontrareis fuerza bastante para mantener vuestra fé.

El pasado y la historia han de ser nuestro punto de apoyo. Esta misma mañana, y en los comienzos de la sesión y cuando un respetable orador cristiano (1) hacia palpar vuestras almas, que admiraban la grandiosa y persuasiva elocuencia del hombre pacífico y del sacerdote fraternal, en aquel instante, un individuo de esta Asamblea, cuyo nombre no conozco, nos ha recordado que hoy estamos á 24 de Agosto, aniversario de la aciaga noche de San Bartolomé. El sacerdote católico volvió á un lado la cabeza venerable y rechazó tan lamentable recuerdo; recuerdo, señores, que yo acepto; sí, lo acepto.

En efecto; hace doscientos setenta y siete años, tal día como hoy, París, el París en que ahora estamos, se despertaba lleno de sobresalto á altas horas de

la noche. Una campana, que se llamaba la campana de plata, tocaba á rebato desde el Palacio de Justicia; los católicos corrian á las armas y los protestantes, que tranquilos dormían, fueron víctimas del crimen más abominable, llevándose á cabo contra ellos una emboscada producida por todos los odios religiosos, civiles y políticos. Pues bien; hoy, en este mismo día y en esta misma ciudad, Dios nos ha querido citar todos aquellos odios para mandarles que se conviertan en amor. Dios elimina toda significación siniestra de tan fúnebre aniversario, y donde podia encontrarse una mancha de sangre destaca un rayo de luz; en vez de la idea vengadora de fanatismo y de guerra, interpone la idea de reconciliación, de paz y de tolerancia; y gracias á él, merced solo á su voluntad, que nos inspira ideas de progreso, precisamente en esta fecha triste del 24 de Agosto y casi á la sombra, por decirlo así, de aquella torre, que aun se eleva en los aires y que dió la señal de la Saint-Barthelémy, no solo ingleses y franceses, italianos y alemanes, europeos y americanos, sino hasta los que se llamaban papistas y los que se conocían por hugonotes, se reconocen como hermanos (*Movimiento*), uniéndose para siempre en estrecho é indisoluble abrazo. (*Explosion de bravos y aplausos. El abate Deguerry y el pastor protestante Coquerel se abrazan delante del sillón presidencial. Las aclamaciones se prolongan en la Asamblea y en las tribunas. M. Victor Hugo continúa.*)

Negad ahora el progreso! (*Aplausos.*)

Quien niega el progreso es un impío, quien niega el progreso niega la Providencia; porque Providencia y progreso son sinónimos, y el progreso no es más que uno de los nombres humanos del mismo Dios eterno. (*Profunda y general sensación.*)

Hermanos míos, acepto estas aclamaciones y las ofrezco á las generaciones futuras. Que este día sea un día memorable, que sirva para señalar el término de la efusión de sangre humana, que marque el fin de las guerras y de los asesinatos, que inaugure el principio de la paz y concordia del mundo y que se diga en adelante: ¡El 24 de Agosto de 1572 queda borrado ante el recuerdo del 24 de Agosto de 1849! (*Prolongada y unánime aclamación. El entusiasmo llega á su límite; de todas partes se escuchan bravos y aplausos; los ingleses y los americanos se levantan agitando los sombreros, y á una señal de Mr. Cobden lanzan siete hurras.*)

(1) M. Deguerry, cura de la Magdalena.